

# Antología Poética del Grupo del 27

---

**José M<sup>a</sup> González-Serna Sánchez**

Departamento de Lengua y Literatura E spañola  
IE S Carmen Laffón  
S an José de La Rinconada (S evilla)

## Pedro Salinas

NAVACERRADA, ABRIL

Los dos solos. ¡Qué bien  
Aquí, en el puerto, altos!  
Vencido verde, triunfo  
De los dos, al venir  
Queda un paisaje atrás:  
Otro enfrente, esperándonos.  
Parar aquí un minuto.  
Sus tres banderas blancas  
-soledad, nieve, altura-  
agita la mañana.  
Se rinde, se me rinde.  
Ya su silencio es mío:  
Posesión de un minuto.  
Y de pronto mi mano  
Que te oprime, y tú, y yo,  
-aventura de arranque  
eléctrico-, rompemos  
el cristal de las doce,  
a correr por un mundo  
de asfalto y selva virgen.  
Alma mía en la tuya  
Mecánica; mi fuerza,  
Bien medida, la tuya,  
Justa: doce caballos.  
(SEGURO AZAR)

PARA VIVIR...

Para vivir no quiero  
islas, palacios, torres.  
¡Qué alegría más alta:  
vivir en los pronombres!  
Quítate ya los trajes,  
las señas, los retratos;

yo no te quiero así,  
disfrazada de otra,  
hija siempre de algo.  
Te quiero pura, libre,  
irreductible: tú.  
Sé que cuando te llame  
entre todas las gentes  
del mundo,  
sólo tú serás tú.  
Y cuando me preguntes  
quién es el que te llama,  
el que te quiere suya,  
enterraré los nombres,  
los rótulos, la historia.  
Iré rompiendo todo  
lo que encima me echaron  
desde antes de nacer.  
Y vuelto ya al anónimo  
eterno del desnudo,  
de la piedra, del mundo,  
te diré:  
«Yo te quiero, soy yo»  
(LA VOZ A TI DEBIDA)

AMOR, AMOR, CATÁSTROFE

Amor, amor, catástrofe.  
¡Qué hundimiento del mundo!  
Un gran horror a techos  
quiebra columnas, tiempos;  
los reemplaza por cielos  
intemporales. Andas, ando  
por entre escombros  
de estíos y de inviernos  
derrumbados. Se extinguen  
las normas y los pesos.

Toda hacia atrás la vida  
se va quitando siglos,  
frenética, de encima;  
desteje, galopando,  
su curso, lento antes;  
se desvive de ansia  
de borrarse la historia,  
de no ser más que el puro  
anhelo de empezarse  
otra vez. El futuro  
se llama ayer. Ayer  
oculto, secretísimo,  
que se nos olvidó  
y hay que reconquistar  
con la sangre y el alma,  
detrás de aquellos otros  
ayeres conocidos.  
¡Atrás y siempre atrás!  
¡Retrocesos, en vértigo,  
por dentro, hacia el mañana!  
¡Que caiga todo! Ya  
lo siento apenas. Vamos,  
a fuerza de besar,  
inventando las ruinas  
del mundo, de la mano  
tú y yo  
por entre el gran fracaso  
de la flor y del orden.  
Y ya siento entre tactos,  
entre abrazos, tu piel,  
que me entrega el retorno  
al palpar primero,  
sin luz, antes del mundo,  
total, sin forma, caos.  
(LA VOZ A TI DEBIDA)

## Vicente Aleixandre

### SE QUERÍAN

Se querían.

Sufrían por la luz, labios azules en la madrugada,  
Labios saliendo de la noche dura,  
Labios partidos, sangre, ¿sangre dónde?  
Se querían en un lecho navío, mitad noche, mitad luz.

Se querían como las flores a las espinas hondas,  
A esa amorosa gema del amarillo nuevo,  
Cuando los rostros giran melancólicamente,  
Giralunas que brillan recibiendo aquel beso.

Se querían de noche, cuando los perros hondos  
Laten bajo la tierra y los valles se estiran  
Como lomos arcaicos que se sienten repasados: caricia,  
Seda, mano, luna que llega y toca.

Se querían de amor entre la madrugada,  
Entre las duras piedras cerradas de la noche,  
Duras como los cuerpos helados por las horas,  
Duras como los besos de diente a diente solo.

Se querían de día, playa que va creciendo,  
Ondas que por los pies acarician los muslos,  
Cuerpos que se levantan de la tierra y flotando...  
Se querían de día, sobre el mar, bajo el cielo.

Mediodía perfecto, se querían tan íntimos,  
Mar altísimo y joven, intimidad extensa,  
Soledad de lo vivo, horizontes remotos  
Ligados como cuerpos en soledad cantando.

Amando. Se querían como la luna lúcida,  
Como ese mar redondo que se aplica a ese rostro,  
Dulce eclipse de agua, mejilla oscurecida,  
Donde los peces rojos van y vienen sin música.

Día, noche, ponientes, madrugadas, espacios,

Ondas nuevas, antiguas, fugitivas, perpetuas,  
Mar o tierra, navío, lecho, pluma, cristal,  
Metal, música, labio, silencio, vegetal,  
Mundo, quietud, su forma. Se querían, sabedlo.

(LA DESTRUCCIÓN O EL AMOR)

### UNIDAD EN ELLA

Cuerpo feliz que fluye entre mis manos,  
rostro amado donde contemplo el mundo,  
donde graciosos pájaros se copian fugitivos,  
volando a la región donde nada se olvida.  
Tu forma externa, diamante o rubí duro,  
brillo de un sol que entre mis manos deslumbra,  
cráter que me convoca con su música íntima, con esa  
indescifrable llamada de tus dientes.  
Muero porque me arrojé, porque quiero morir,  
porque quiero vivir en el fuego, porque este aire de fuera  
no es mío, sino el caliente aliento  
que si me acerco quema y dora mis labios desde un fondo.  
Deja, deja que mire, teñido del amor,  
enrojecido el rostro por tu purpúrea vida,  
deja que mire el hondo clamor de tus entrañas  
donde muero y renuncio a vivir para siempre.  
Quiero amor o la muerte, quiero morir del todo,  
quiero ser tú, tu sangre, esa lava rugiente  
que regando encerrada bellos miembros extremos  
siente así los hermosos límites de la vida.  
Este beso en tus labios como una lenta espina,  
como un mar que voló hecho un espejo,  
como el brillo de un ala,  
es todavía unas manos, un repasar de tu crujiente pelo,  
un crepitar de la luz vengadora,  
luz o espada mortal que sobre mi cuello amenaza,  
pero que nunca podrá destruir la unidad de este mundo.

### EN LA PLAZA

Hermoso es, hermosamente humilde y confiante, vivificador y profundo,  
sentirse bajo el sol, entre los demás, impelido,  
llevado, conducido, mezclado, rumorosamente arrastrado.  
No es bueno  
quedarse en la orilla  
como el malecón o como el molusco que quiere calcáreamente imitar a la  
roca.  
Sino que es puro y sereno arrasarse en la dicha  
de fluir y perderse,  
encontrándose en el movimiento con que el gran corazón de los hombres  
palpita extendido.  
Como ese que vive ahí, ignoro en qué piso,  
y le he visto bajar por unas escaleras  
y adentrarse valientemente entre la multitud y perderse.  
La gran masa pasaba. Pero era reconocible el diminuto corazón afluido.  
Allí, ¿quién lo reconocería? Allí con esperanza, con resolución o con fe, con  
temeroso denuedo,  
con silenciosa humildad, allí él también  
transcurría.  
Era una gran plaza abierta, y había olor de existencia.  
Un olor a gran sol descubierto, a viento rizándolo,  
un gran viento que sobre las cabezas pasaba su mano,  
su gran mano que rozaba las frentes unidas y las reconfortaba.  
Y era el serpear que se movía  
como un único ser, no sé si desvalido, no sé si poderoso,  
pero existente y perceptible, pero cubridor de la tierra.  
Allí cada uno puede mirarse y puede alegrarse y puede reconocerse.  
Cuando, en la tarde caldeada, solo en tu gabinete,  
con los ojos extraños y la interrogación en la boca,  
quisieras algo preguntar a tu imagen,  
no te busques en el espejo,  
en un extinto diálogo en que no te oyes.  
Baja, baja despacio y búscate entre los otros.  
Allí están todos, y tú entre ellos.  
Oh, desnúdate y fúndete, y reconócete.  
Entra despacio, como el bañista que, temeroso, con mucho amor y recelo al  
agua,  
introduce primero sus pies en la espuma,  
y siente el agua subirle, y ya se atreve, y casi ya se decide.  
Y ahora con el agua en la cintura todavía no se confía.  
Pero él extiende sus brazos, abre al fin sus dos brazos y se entrega

completo.  
Y allí fuerte se reconoce, y se crece y se lanza,  
y avanza y levanta espumas, y salta y confía,  
y hiende y late en las aguas vivas, y canta, y es joven.  
Así, entra con pies desnudos. Entra en el hervor, en la plaza.  
Entra en el torrente que te reclama y allí sé tú mismo.  
¡Oh pequeño corazón diminuto, corazón que quiere latir  
para ser él también el unánime corazón que le alcanza!

#### EL MORIBUNDO

##### I. Palabras

Él decía palabras.  
Quiero decir palabras, todavía palabras.  
Esperanza. El Amor. La Tristeza. Los Ojos.  
Y decía palabras,  
Mientras su mano ligeramente débil sobre el lienzo aún vivía.  
Palabras que fueron alegres, que fueron tristes, que fueron soberanas.  
Decía moviendo los labios, quería decir el signo aquél,  
El olvidado, ese que saben decir mejor dos labios,  
No, dos bocas que fundidas en soledad pronuncian.  
Decía apenas un signo leve como un suspiro, decía un aliento,  
Una burbuja; decía un gemido y enmudecían los labios,  
Mientras las letras teñidas de un carmín en su boca  
Destellaban muy débiles, hasta que al fin cesaban.

Entonces alguien, no sé, alguien no humano,  
Alguien puso unos labios en los suyos.  
Y alzó una boca donde sólo quedó el calor prestado,  
Las letras tristes de un beso nunca dicho.

##### II. El silencio

Miró, miró por último y quiso hablar.  
Unas borrosas letras sobre sus labios aparecieron.  
Amor. Sí, amé. He amado. Amé, amé mucho.  
Alzó su mano débil, su mano sagaz y un pájaro  
Voló súbito en la alcoba. Amé mucho, el aliento aún decía.  
Por la ventana negra de la noche las luces daban su claridad  
Sobre una boca, que no bebía ya de un sentido agotado.  
Abrió los ojos. Llevó su mano al pecho y dijo:  
Óidme.

Nadie oyó nada. Una sonrisa oscura veladamente puso su dulce máscara,  
Sobre el rostro, borrándolo.  
Un soplo sonó. Oídme. Todos, todos pusieron su delicado oído.  
Oídme. Y se oyó puro, cristalino, el silencio.

(NACIMIENTO ÚLTIMO)

PARA QUIÉN ESCRIBO

I

¿Para quién escribo?, me preguntaba el cronista, el periodista o simplemente el curioso.

No escribo para el señor de la estirada chaqueta, ni para su bigote enfadado, ni siquiera para su alzado índice admonitorio entre las tristes ondas de música.

Tampoco para el carruaje, ni para su ocultada señora (entre vidrios, como un rayo frío, el brillo de los impertinentes).

Escribo acaso para los que no me leen. Esa mujer que corre por la calle como si fuera a abrir las puertas a la aurora.

O ese viejo que se duerme en el banco de esa plaza chiquita, mientras el sol poniente con amor le toma, le rodea y le deslíe suavemente en sus luces.

Para todos los que no me leen, los que no se cuidan de mí, pero de mí se cuidan (aunque me ignoren).

Esa niña que al pasar me mira, compañera de mi aventura, viviendo en el mundo.

Y esa vieja que sentada a su puerta ha visto la vida, paridora de muchas vidas, y manos cansadas.

Escribo para el enamorado; para el que pasó con su angustia en los ojos; para el que le oyó; para el que al pasar no miró; para el que finalmente cayó cuando preguntó y no le oyeron.

Para todos escribo. Para los que no me leen sobre todo escribo. Uno a uno, y la muchedumbre. Y para los pechos y para las bocas y para los oídos donde, sin oírme,

Está mi palabra.

II

Pero escribo también para el asesino. Para el que con los ojos cerrados se arrojó sobre un pecho y comió muerte y se alimentó, y se levantó enloquecido.

Para el que se irguió como torre de indignación, y se desplomó sobre el mundo.

Y para las mujeres muertas y para los niños muertos, y para los hombres agonizantes.

Y para el que sigilosamente abrió las llaves del gas y la ciudad entera pereció, y amaneció un montón de cadáveres.

Y para la muchacha inocente, con su sonrisa, su corazón, su tierna medalla, y por allí pasó un ejército de depredadores.

Y para el ejército de depredadores, que en una galopada final fue a hundirse en las aguas.

Y para esas aguas, para el mar infinito.

Oh, no para el infinito. Para el finito mar, con su limitación casi humana, como un pecho vivido.

(Un niño entra, un niño se baña, y el mar, el corazón del mar, está en ese pulso.)

Y para la mirada final, para la limitadísima Mirada Final, en cuyo seno alguien duerme.

Todos duermen. El asesino y el ajusticiado, el regulador y el naciente, el finado y el húmedo, el seco de voluntad y el hispido como torre.

Para el amenazador y el amenazado, para el bueno y el triste, para la voz sin materia

Y para toda la materia del mundo.

Para ti, hombre sin deificación que, sin quererlas mirar, estás leyendo estas letras.

Para ti y todo lo que en ti vive,  
Yo estoy escribiendo.

(EN UN VASTO DOMINIO)

## Luis Cernuda

### QUISIERA ESTAR SOLO EN EL SUR

Quizá mis lentos ojos no verán más el sur  
de ligeros paisajes dormidos en el aire,  
con cuerpos a la sombra de ramas como flores  
o huyendo en un galope de caballos furiosos.  
El sur es un desierto que llora mientras canta,  
y esa voz no se extingue como pájaro muerto;  
hacia el mar encamina sus deseos amargos  
abriendo un eco débil que vive lentamente.  
En el sur tan distante quiero estar confundido.  
La lluvia allí no es más que una rosa entreabierta;  
su niebla misma ríe, risa blanca en el viento.  
Su oscuridad, su luz son bellezas iguales

### QUÉ RUIDO TAN TRISTE

Qué ruido tan triste el que hacen dos cuerpos cuando se aman,  
parece como el viento que se mece en otoño  
sobre adolescentes mutilados,  
mientras las manos llueven,  
manos ligeras, manos egoístas, manos obscenas,  
cataratas de manos que fueron un día  
flores en el jardín de un diminuto bolsillo.  
Las flores son arena y los niños son hojas,  
y su leve ruido es amable al oído  
cuando ríen, cuando aman, cuando besan,  
cuando besan el fondo  
de un hombre joven y cansado  
porque antaño soñó mucho día y noche.  
Mas los niños no saben,  
ni tampoco las manos llueven como dicen;  
así el hombre, cansado de estar solo con sus sueños,  
invoca los bolsillos que abandonan arena,  
arena de las flores,  
para que un día decoren su semblante de muerto

### NO DECÍA PALABRAS

No decía palabras,  
acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,  
porque ignoraba que el deseo es una pregunta  
cuya respuesta no existe,  
una hoja cuya rama no existe,  
un mundo cuyo cielo no existe.

La angustia se abre paso entre los huesos,  
remonta por las venas  
hasta abrirse en la piel,  
surtidores de sueño  
hechos carne en interrogación vuelta a las nubes.

Un roce al paso,  
una mirada fugaz entre las sombras,  
bastan para que el cuerpo se abra en dos,  
ávido de recibir en sí mismo  
otro cuerpo que sueñe;  
mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne,  
iguales en figura, iguales en amor, iguales en deseo.

Auque sólo sea una esperanza  
porque el deseo es pregunta cuya respuesta nadie sabe

### SI EL HOMBRE PUDIERA DECIR

Si el hombre pudiera decir lo que ama,  
Si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo  
Como una nube en la luz;  
Si como muros que se derrumban,  
Para saludar la verdad erguida en medio,  
Pudiera derrumbar su cuerpo, dejando solo la verdad de su amor,  
La verdad de sí mismo,  
Que no se llama gloria, fortuna o ambición,  
Sino amor o deseo,  
Yo sería aquel que imaginaba;  
Aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos

Proclama ante los hombres la verdad ignorada,  
La verdad de su amor verdadero.

Libertad no conozco sino la libertad de estar preso en alguien  
Cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío;  
Alguien por quien me olvido de esta existencia mezquina,  
Por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,  
Y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu  
Como leños perdidos que el mar anega o levanta  
Libremente, con la libertad del amor,  
La única libertad que me exalta,  
La única libertad por que muero.

Tú justificas mi existencia:  
Si no te conozco, no he vivido;  
Si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.  
(LOS PLACERES PROHIBIDOS)

#### UNOS CUERPOS SON COMO FLORES

Unos cuerpos son como flores,  
Otros como puñales,  
Otros como cintas de agua;  
Pero todos, temprano o tarde,  
Serán quemaduras que en otro cuerpo se agranden,  
Convirtiendo por virtud del fuego a una piedra en un hombre.

Pero el hombre se agita en todas direcciones,  
Sueña con libertades, compite con el viento,  
Hasta que un día la quemadura se borra,  
Volviendo a ser piedra en el camino de nadie.

Yo, que no soy piedra, sino camino  
Que cruzan al pasar los pies desnudos,  
Muero de amor por todos ellos;  
Les doy mi cuerpo para que lo pisen,  
Aunque les lleve a una ambición o a una nube,  
Sin que ninguno comprenda  
Que ambiciones o nubes  
No valen un amor que se entrega.

(LOS PLACERES PROHIBIDOS)

#### COMO LEVE SONIDO

Como leve sonido:  
hoja que roza un vidrio,  
agua que acaricia unas guijas,  
lluvia que besa una frente juvenil;  
Como rápida caricia:  
pie desnudo sobre el camino,  
dedos que ensayan el primer amor,  
sábanas tibias sobre el cuerpo solitario;  
Como fugaz deseo:  
seda brillante en la luz,  
esbelto adolescente entrevisto,  
lágrimas por ser más que un hombre;  
Como esta vida que no es mía  
y sin embargo es la mía,  
como este afán sin nombre  
que no me pertenece y sin embargo soy yo;  
Como todo aquello que de cerca o de lejos  
me roza, me besa, me hiere,  
tu presencia está conmigo fuera y dentro,  
es mi vida misma y no es mi vida,  
así como una hoja y otra hoja  
son la apariencia del viento que las lleva.

#### DONDE HABITE EL OLVIDO

Donde habite el olvido,  
En los vastos jardines sin aurora;  
Donde yo sólo sea  
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas  
Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.  
Donde mi nombre deje  
Al cuerpo que designa en brazos de los siglos,  
Donde el deseo no exista.  
En esa gran región donde el amor, ángel terrible,  
No esconda como acero  
En mi pecho su ala,  
Sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.

Allí donde termine este afán que exige un dueño a imagen suya,  
Sometiendo a otra vida su vida,  
Sin más horizonte que otros ojos frente a frente.  
Donde penas y dichas no sean más que nombres,  
Cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;  
Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,  
Disuelto en niebla, ausencia,  
Ausencia leve como carne de niño.  
Allá, allá lejos;  
Donde habite el olvido.

(DONDE HABITE EL OLVIDO)

YO FUI

Yo fui

Columna ardiente, luna de primavera,  
Mar dorado, ojos grandes.

Busqué lo que pensaba;  
Pensé, como al amanecer en sueño lánguido,  
Lo que pinta el deseo en días adolescentes.

Canté, subí,  
Fui luz un día  
Arrastrado en la llama.

Como un golpe de viento  
Que deshace la sombra,  
Caí en lo negro,  
En el mundo insaciable.

He sido.

(DONDE HABITE EL OLVIDO)

ADOLESCENTE FUI EN DÍAS IDÉNTICOS A NUBES

Adolescente fui en días idénticos a nubes,  
cosa grácil, visible por penumbra y reflejo,  
y extraño es, si ese recuerdo busco,  
que tanto, tanto duela sobre el cuerpo de hoy.

Perder placer es triste  
como la dulce lámpara sobre el lento nocturno;  
aquél fui, aquél fui, aquél he sido;  
era la ignorancia mi sombra.

Ni gozo ni pena; fui niño  
prisionero entre muros cambiantes;  
historias como cuerpos, cristales como cielos,  
sueño luego, un sueño más alto que la vida.

Cuando la muerte quiera  
una verdad quitar de entre mis manos,  
las hallará vacías, como en la adolescencia  
ardientes de deseo, tendidas hacia el aire

UN ESPAÑOL HABLA DE SU TIERRA

Las playas, parameras  
Al rubio sol durmiendo,  
Los oteros, las vegas  
En paz, a solas, lejos;

Los castillos, ermitas,  
Cortijos y conventos,  
La vida con la historia,  
Tan dulces al recuerdo,

Ellos, los vencedores  
Caínes sempiternos,  
De todo me arrancaron.  
Me dejan el destierro.

Una mano divina  
Tu tierra alzó en mi cuerpo  
Y allí la voz dispuso  
Que hablase tu silencio.

Contigo solo estaba,  
En ti sola creyendo;  
Pensar tu nombre ahora  
Envenena mis sueños.

Amargos son los días  
De la vida, viviendo  
Sólo una larga espera  
A fuerza de recuerdos.

Un día, tú ya libre  
De la mentira de ellos,  
Me buscarás. Entonces  
¿Qué ha de decir un muerto?

(LAS NUBES)

A SUS PAISANOS

No me queréis, lo sé, y que os molesta  
Cuanto escribo. ¿Os molesta? Os ofende.  
¿Culpa mía tal vez o es de vosotros?

Porque no es la persona y su leyenda  
Lo que ahí, allegados a mí, atrás os vuelve.

Mozo, bien mozo era, cuando no había brotado  
Lengua alguna, caísteis sobre un libro  
Primerizo lo mismo que su autor: yo, mi primer libro.  
Algo os ofende, porque sí, en el hombre y su tarea.

¿Mi leyenda dije? Tristes cuentos  
inventados de mí por cuatro amigos  
(¿Amigos?), que jamás quisisteis  
ni ocasión buscasteis de ver si acomodaban  
a la persona misma así traspuesta.  
Más vuestra mala fe los ha aceptado.  
Hecha está la leyenda, y vosotros, de mí desconocidos,  
Respecto al ser que encubre mintiendo doblemente,  
Sin otro escrúpulo, a vuestra voz la propaláis.

## Rafael Alberti

### MI CORZA

Mi corza, buen amigo,  
mi corza blanca.

Los lobos la mataron  
al pie del agua.

Los lobos, buen amigo,  
que huyeron por el río.

Los lobos la mataron dentro del agua.

¡QUÉ ALTOS!

¡Qué altos  
los balcones de mi casa!  
Pero no se ve la mar.  
¡Qué bajos!

Sube, sube, balcón mío,  
Trepa el aire, sin parar:  
Sé terraza de la mar,  
Sé torreón de navío.

-¿De quién será la bandera  
de esa torre de vigía?

-¡Marineros, es la mía!

### SI GARCILASO VOLVIERA

Si Garcilaso volviera,  
yo sería su escudero;  
que buen caballero era.

Mi traje de marinero  
se trocaría en guerrera

ante el brillar de su acero;  
que buen caballero era.

¡Qué dulce oírle, guerrero,  
al borde de su estribera!  
En la mano, mi sombrero;  
que buen caballero era

### NO PRUEBES TÚ LOS LICORES

¡No pruebes tú los licores!  
¡Tú no bebas!

¡Marineros, bebedores,  
los de las obras del puerto,  
que él no beba!

¡Qué él no beba, pescadores!

¡Siempre sus ojos despiertos,  
siempre sus labios abiertos  
a la mar, no a los licores!

¡Que él no beba

### QUIÉN CABALGARA EL CABALLO

¡Quién cabalgara el caballo  
de espuma azul de la mar!

De un salto,  
¡Quién cabalgara la mar!

¡Viento, arráncame la ropa!  
¡Tírala, viento, a la mar!

De un salto,  
Quiero cabalgar la mar.

¡Amárrame a tus cabellos,  
crin de los vientos del mar!

De un salto,  
Quiero ganarme la mar.

AMARANTA

Rubios, pulidos senos de Amaranta,  
por una lengua de lebrel limados.  
Pórticos de limones, desviados  
por el canal que asciende a tu garganta.

Rojo, un puente de rizos se adelanta  
e incendia tus marfiles ondulados.  
Muerde, heridor, tus dientes desangrados,  
y corvo, en vilo, al viento te levanta.

La soledad, dormida en la espesura,  
calza su pie de céfiro y desciende  
del olmo alto al mar de la llanura.

Su cuerpo en sombra, oscuro, se le enciende,  
y gladiadora, como un ascua impura,  
entre Amaranta y su amador se tiende.

MADRIGAL AL BILLETE DEL TRANVÍA

Adonde el viento, impávido, subleva  
torres de luz contra la sangre mía,  
tú, billete, flor nueva,  
cortada en los balcones del tranvía.

Huyes, directa, rectamente liso,  
en tu pétalo un nombre y un encuentro  
latentes, a ese centro  
cerrado y por cortar del compromiso.

Y no arde en ti la rosa, ni en ti priva  
el finado clavel, si la violeta  
contemporánea, viva,  
del libro que viaja en la chaqueta

EL ÁNGEL DE CARBÓN

Feo, de hollín y fango.  
¡No verte!

Antes, de nieve, áureo,  
En trineo por mi alma.  
Cuajados pinos. Pendientes.

Y ahora por las cocheras,  
De carbón, sucio.  
¡Te lleven!

Por los desvanes de los sueños rotos.  
Telarañas. Polillas. Polvo.  
¡Te condenen!

Tiznados por tus manos,  
Mis muebles, mis paredes.

En todo,  
Tu estampado recuerdo  
De tinta negra y barro.  
¡Te quemen!

Amor, pulpo de sombra,  
Malo.

(Sobre los ángeles)

EL ÁNGEL BUENO

Vino el que yo quería  
el que yo llamaba.  
No aquel que barre cielos sin defensas.  
luceros sin cabañas,  
lunas sin patria,

nieves.  
Nieves de esas caídas de una mano,  
un nombre,  
un sueño,  
una frente.

No aquel que a sus cabellos  
ató la muerte.

El que yo quería.  
Sin arañar los aires,  
sin herir hojas ni mover cristales.

Aquel que a sus cabellos  
ató el silencio.

Para sin lastimarme,  
cavar una ribera de luz dulce en mi pecho  
y hacerme el alma navegable.

#### LOS ÁNGELES MUERTOS

Buscad, buscadlos:  
en el insomnio de las cañerías olvidadas,  
en los cauces interrumpidos por el silencio de las basuras.  
No lejos de los charcos incapaces de guardar una nube,  
unos ojos perdidos,  
una sortija rota  
o una estrella pisoteada.

Porque yo los he visto:  
en esos escombros momentáneos que aparecen en las neblinas.

Porque yo los he tocado:  
en el destierro de un ladrillo difunto,  
venido a la nada desde una torre o un carro.  
Nunca más allá de las chimeneas que se derrumban,  
ni de esas hojas tenaces que se estampan en los zapatos.

En todo esto.  
Más en esas astillas vagabundas que se consumen sin fuego,  
en esas ausencias hundidas que sufren los muebles desvencijados,  
no a mucha distancia de los nombres y signos que se enfrían en las paredes.

Buscad, buscadlos:  
debajo de la gota de cera que sepulta la palabra de un libro  
o la firma de uno de esos rincones de cartas  
que trae rodando el polvo.  
Cerca del casco perdido de una botella,

de una suela extraviada en la nieve,  
de una navaja de afeitar abandonada al borde de un precipicio.

#### A TRAVÉS DE LA NIEBLA...

A través de la niebla caporal de tabaco  
Miro el río de Francia  
Moviendo escombros tristes, arrastrando ruinas  
Por el pesado verde ricino de sus aguas.  
Mis ventanas  
Ya no dan a los álamos y los ríos de España.

Quiero mojar la mano en tan espeso frío  
Y parar lo que pasa  
Por entre ciegas bocas de piedra, dividiendo  
Subterráneas corrientes de muertos y cloacas.  
Mis ventanas  
Ya no dan a los álamos y los ríos de España.

Miro una lenta piel de toro desollado,  
Sola, descuartizada,  
Sosteniendo cadáveres de voces conocidas,  
Sombra abajo, hacia el mar, hacia una mar sin barcas.  
Mis ventanas  
Ya no dan a los álamos y los ríos de España.

Desgraciada viajera fluvial que de mis ojos  
Desprendidos arrancas  
Eso que de sus cuencas desciende como río  
Cuando el llanto se olvida de rodar como lágrima.  
Mis ventanas  
Ya no dan a los álamos y los ríos de España.

#### LO QUE DEJÉ POR TI

Dejé por ti mis bosques, mi perdida  
arboleda, mis perros desvelados,  
mis capitales años desterrados  
hasta casi el invierno de la vida.

Dejé un temblor, dejé una sacudida,  
un resplandor de fuegos no apagados,  
dejé mi sombra en los desesperados  
ojos sangrantes de la despedida.

Dejé palomas tristes junto a un río,  
caballos sobre el sol de las arenas,  
dejé de oler la mar, dejé de verte.

Dejé por ti todo lo que era mío.  
Dame tú, Roma, a cambio de mis penas,  
tanto como dejé para tenerte.

#### SE EQUIVOCÓ LA PALOMA

Se equivocó la paloma,  
se equivocaba  
Por ir al norte fue al sur,  
creyó que el trigo era el agua.  
Creyó que el mar era el cielo  
que la noche la mañana.  
Que las estrellas rocío,  
que la calor la nevada.  
Que tu falda era tu blusa,  
que tu corazón su casa.  
(Ella se durmió en la orilla,  
tú en la cumbre de una rama.)

#### A GALOPAR

Las tierras, las tierras, las tierras de España,  
las grandes, las solas, desiertas llanuras.  
Galopa, caballo cuatralbo,  
jinete del pueblo,  
al sol y a la luna.

¡A galopar,  
a galopar,  
hasta enterrarlos en el mar!

A corazón suenan, resuenan, resuenan  
las tierras de España, en las herraduras.  
Galopa, jinete del pueblo,  
caballo cuatralbo,  
caballo de espuma.

¡A galopar,  
a galopar,  
hasta enterrarlos en el mar!

Nadie, nadie, nadie, que enfrente no hay nadie;  
que es nadie la muerte si va en tu montura.  
Galopa, caballo cuatralbo,  
jinete del pueblo,  
que la tierra es tuya.

¡A galopar,  
a galopar,  
hasta enterrarlos en el mar!

#### CANCIÓN 5

Hoy las nubes me trajeron,  
volando, el mapa de España.  
¡Qué pequeño sobre el río,  
y qué grande sobre el pasto  
la sombra que proyectaba!  
Se le llenó de caballos  
la sombra que proyectaba.  
Yo, a caballo, por su sombra  
busqué mi pueblo y mi casa.

Entré en el patio que un día  
fuera una fuente con agua.  
Aunque no estaba la fuente,  
la fuente siempre sonaba.  
Y el agua que no corría  
volvió para darme agua.

## Federico García Lorca

### LA GUITARRA

Empieza el llanto  
de la guitarra.  
Se rompen las copas  
de la madrugada.  
Empieza el llanto  
de la guitarra.  
Es inútil callarla.  
Es imposible  
callarla.  
Llora monótona  
como llora el agua,  
como llora el viento  
sobre la nevada.  
Es imposible  
callarla.  
Llora por cosas  
lejanas.  
Arena del Sur caliente  
que pide camelias blancas.  
Llora flecha sin blanco,  
la tarde sin mañana,  
y el primer pájaro muerto  
sobre la rama.  
¡Oh, guitarra!  
Corazón malherido  
por cinco espadas.

### TIERRA SECA

Tierra seca,  
tierra quieta  
de noches  
inmensas.

(Viento en el olivar,  
viento en la sierra).

Tierra  
vieja  
del candil  
y la pena.  
Tierra  
de las hondas cisternas.  
Tierra  
de la muerte sin ojos  
y las flechas.

(Viento por los caminos.  
Brisa en las alamedas).

### PUEBLO

Sobre el monte pelado  
un calvario.  
Agua clara  
y olivos centenarios.  
Por las callejas  
hombres embozados,  
y en las torres  
veletas girando.  
Eternamente  
girando.  
¡Oh pueblo perdido,  
en la Andalucía del llanto!

### SORPRESA

Muerto se quedó en la calle  
con un puñal en el pecho.  
No lo conocía nadie.

¡Cómo temblaba el farol!  
Madre.  
¡Cómo temblaba el farolito  
de la calle!

Era madrugada. Nadie  
pudo asomarse a sus ojos  
abiertos al duro aire.

Que muerto se quedó en la calle  
que con un puñal en el pecho  
y que no lo conocía nadie

SEVILLA

Sevilla es una torre  
llena de arqueros finos.

Sevilla para herir.  
Córdoba para morir.

Una ciudad que acecha  
largos ritmos,  
y los enrosca  
como laberintos.  
Como tallos de parra  
encendidos.

¡Sevilla para herir!

Bajo el arco del cielo,  
sobre su llano limpio,  
dispara la constante  
saeta de su río.

¡Córdoba para morir!

Y loca de horizonte,  
mezcla en su vino

lo amargo de Don Juan  
y lo perfecto de Dioniso.

Sevilla para herir.  
¡Siempre Sevilla para herir

MUERTE DE LA PETENERA

En la casa blanca, muere  
la perdición de los hombres.

*Cien jacas caracolean.  
Sus jinetes están muertos.*

Bajo las estremecidas  
estrellas de los velones,  
su falda de moaré tiembla  
entre sus muslos de cobre.

*Cien jacas caracolean.  
Sus jinetes están muertos.*

Largas sombras afiladas  
vienen del turbio horizonte,  
y el bordón de una guitarra  
se rompe.

*Cien jacas caracolean.  
Sus jinetes están muertos*

AMPARO

Amparo  
¡qué sola estás en tu casa  
vestida de blanco!

(Ecuador entre el jazmín  
y el nardo).

Oyes los maravillosos  
surtidores de tu patio,  
y el débil trino amarillo  
del canario.

Por la tarde ves temblar  
los cipreses con los pájaros,  
mientras bordas lentamente  
letras sobre el cañamazo.

Amparo,  
¡qué sola estás en tu casa,  
vestida de blanco!

Amparo,  
¡y qué difícil decirte:  
yo te amo!

#### CANCIÓN DE JINETE

Córdoba.  
Lejana y sola.

Jaca negra, luna grande,  
y aceitunas en mi alforja.  
Aunque sepa los caminos  
yo nunca llegaré a Córdoba.

Por el llano, por el viento,  
jaca negra, luna roja.  
La muerte me está mirando  
desde las torres de Córdoba.

¡Ay qué camino tan largo!  
¡Ay mi jaca valerosa!  
¡Ay que la muerte me espera,  
antes de llegar a Córdoba!

Córdoba.  
Lejana y sola

#### CANCIÓN DE JINETE (1860)

En la luna negra  
de los bandoleros,  
cantan las espuelas.

Caballito negro.  
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

...Las duras espuelas  
del bandido inmóvil  
que perdió las riendas.

Caballito frío.  
¡Qué perfume de flor de cuchillo!

En la luna negra,  
sangraba el costado  
de Sierra Morena.

Caballito negro.  
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

La noche espolea  
sus negros ijares  
clavándose estrellas.

Caballito frío.  
¡Qué perfume de flor de cuchillo!

En la luna negra,  
¡un grito! y el cuerno  
largo de la hoguera.

Caballito negro.  
¿Dónde llevas tu jinete muerto?

ROMANCE SONÁMBULO

Verde que te quiero verde.  
Verde viento. Verdes ramas.  
El barco sobre la mar  
y el caballo en la montaña.  
Con la sombra en la cintura  
ella sueña en su baranda,  
verde carne, pelo verde,  
con ojos de fría plata.  
Verde que te quiero verde.  
Bajo la luna gitana,  
las cosas le están mirando  
y ella no puede mirarlas.

\*

Verde que te quiero verde.  
Grandes estrellas de escarcha,  
vienen con el pez de sombra  
que abre el camino del alba.  
La higuera frota su viento  
con la lija de sus ramas,  
y el monte, gato garduño,  
eriza sus pitas agrias.  
¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde...?  
Ella sigue en su baranda,  
verde carne, pelo verde,  
soñando en la mar amarga.

\*

Compadre, quiero cambiar  
mi caballo por su casa,  
mi montura por su espejo,  
mi cuchillo por su manta.  
Compadre, vengo sangrando,  
desde los montes de Cabra.  
Si yo pudiera, mocito,  
ese trato se cerraba.

Pero yo ya no soy yo,  
ni mi casa es ya mi casa.  
Compadre, quiero morir  
decentemente en mi cama.  
De acero, si puede ser,  
con las sábanas de holanda.  
¿No ves la herida que tengo  
desde el pecho a la garganta?  
Trescientas rosas morenas  
lleva tu pechera blanca.  
Tu sangre rezuma y huele  
alrededor de tu faja.  
Pero yo ya no soy yo,  
ni mi casa es ya mi casa.  
Dejadme subir al menos  
hasta las altas barandas,  
dejadme subir, dejadme,  
hasta las verdes barandas.  
Barandales de la luna  
por donde retumba el agua.

\*

Ya suben los dos compadres  
hacia las altas barandas.  
Dejando un rastro de sangre.  
Dejando un rastro de lágrimas.  
Temblaban en los tejados  
farolillos de hojalata.  
Mil panderos de cristal,  
herían la madrugada.

\*

Verde que te quiero verde,  
verde viento, verdes ramas.  
Los dos compadres subieron.  
El largo viento, dejaba  
en la boca un raro gusto  
de hiel, de menta y de albahaca.  
¡Compadre! ¿Dónde está, dime?

¿Dónde está mi niña amarga?  
¡Cuántas veces te esperó!  
¡Cuántas veces te esperara,  
cara fresca, negro pelo,  
en esta verde baranda!

\*

Sobre el rostro del aljibe  
se mecía la gitana.  
Verde carne, pelo verde,  
con ojos de fría plata.  
Un carámbano de luna  
la sostiene sobre el agua.  
La noche su puso íntima  
como una pequeña plaza.  
Guardias civiles borrachos,  
en la puerta golpeaban.  
Verde que te quiero verde.  
Verde viento. Verdes ramas.  
El barco sobre la mar.  
Y el caballo en la montaña.

#### MUERTE DE ANTOÑITO EL CAMBORIO

Voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.  
Voces antiguas que cercan  
voz de clavel varonil.  
Les clavó sobre las botas  
mordiscos de jabalí.  
En la lucha daba saltos  
jabonados de delfín.  
Bañó con sangre enemiga  
su corbata carmesí,  
pero eran cuatro puñales  
y tuvo que sucumbir.  
Cuando las estrellas clavan  
rejones al agua gris,  
cuando los erales sueñan  
verónicas de alhelí,

voces de muerte sonaron  
cerca del Guadalquivir.

\*

Antonio Torres Heredia,  
Camborio de dura crin,  
moreno de verde luna,  
voz de clavel varonil:  
¿Quién te ha quitado la vida  
cerca del Guadalquivir?  
Mis cuatro primos Heredias  
hijos de Benamejí.  
Lo que en otros no envidiaban,  
ya lo envidiaban en mí.  
Zapatos color corinto,  
medallones de marfil,  
y este cutis amasado  
con aceituna y jazmín.  
¡Ay Antoñito el Camborio  
digno de una Emperatriz!  
Acuérdate de la Virgen  
porque te vas a morir.  
¡Ay Federico García,  
llama a la Guardia Civil!  
Ya mi talle se ha quebrado  
como caña de maíz.

\*

Tres golpes de sangre tuvo  
y se murió de perfil.  
Viva moneda que nunca  
se volverá a repetir.  
Un ángel marchoso pone  
su cabeza en un cojín.  
Otros de rubor cansado,  
encendieron un candil.  
Y cuando los cuatro primos  
llegan a Benamejí,

voces de muerte cesaron  
cerca del Guadalquivir

#### LA AURORA

La aurora de Nueva York tiene  
cuatro columnas de cieno  
y un huracán de negras palomas  
que chapotean las aguas podridas.

La aurora de Nueva York gime  
por las inmensas escaleras  
buscando entre las aristas  
nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca  
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.  
A veces las monedas en enjambres furiosos  
taladran y devoran abandonados niños.

Los primeros que salen comprenden con sus huesos  
que no habrá paraíso ni amores deshojados;  
saben que van al cieno de números y leyes,  
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

La luz es sepultada por cadenas y ruidos  
en impúdico reto de ciencia sin raíces.  
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes  
como recién salidas de un naufragio de sangre.

#### EL REY DE HARLEM

Con una cuchara  
arrancaba los ojos a los cocodrilos  
y golpeaba el trasero de los monos.  
Con una cuchara.

Fuego de siempre dormía en los pedernales,  
y los escarabajos borrachos de anís  
olvidaban el musgo de las aldeas.

Aquel viejo cubierto de setas  
iba al sitio donde lloraban los negros  
mientras crujía la cuchara del rey  
y llegaban los tanques de agua podrida.

Las rosas huían por los filos  
de las últimas curvas del aire,  
y en los montones de azafrán  
los niños machacaban pequeñas ardillas  
con un rubor de frenesí manchado.

Es preciso cruzar los puentes  
y llegar al rubor negro  
para que el perfume de pulmón  
nos golpee las sienes con su vestido  
de caliente piña.

Es preciso matar al rubio vendedor de aguardiente  
a todos los amigos de la manzana y de la arena,  
y es necesario dar con los puños cerrados  
a las pequeñas judías que tiemblan llenas de burbujas,  
para que el rey de Harlem cante con su muchedumbre,  
para que los cocodrilos duerman en largas filas  
bajo el amianto de la luna,  
y para que nadie dude de la infinita belleza  
de los plumeros, los ralladores, los cobres y las cacerolas de las cocinas.

¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem!  
No hay angustia comparable a tus rojos oprimidos,  
a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro,  
a tu violencia granate sordomuda en la penumbra,  
a tu gran rey prisionero, con un traje de conserje.

Tenía la noche una hendidura y quietas salamandras de marfil.  
Las muchachas americanas  
llevaban niños y monedas en el vientre

y los muchachos se desmayaban en la cruz del desperezo.  
Ellos son.  
Ellos son los que beben el whisky de plata junto a los volcanes  
y tragan pedacitos de corazón por las heladas montañas del oso.

Aquella noche el rey de Harlem con una durísima cuchara  
arrancaba los ojos a los cocodrilos  
y golpeaba el trasero de los monos.  
Con una cuchara.  
Los negros lloraban confundidos  
entre paraguas y soles de oro,  
los mulatos estiraban gomas, ansiosos de llegar al torso blanco,  
y el viento empañaba espejos  
y quebraba las venas de los bailarines.

Negros, Negros, Negros, Negros.

La sangre no tiene puertas en vuestra noche boca arriba.  
No hay rubor. Sangre furiosa por debajo de las pieles,  
viva en la espina del puñal y en el pecho de los paisajes,  
bajo las pinzas y las retamas de la celeste luna de cáncer.

Sangre que busca por mil caminos muertes enharinadas y ceniza de nardo,  
cielos yertos, en declive, donde las colonias de planetas  
rueden por las playas con los objetos abandonados.

Sangre que mira lenta con el rabo del ojo,  
hecha de espartos exprimidos, néctares de subterráneos.  
Sangre que oxida el alisio descuidado en una huella  
y disuelve a las mariposas en los cristales de la ventana.

Es la sangre que viene, que vendrá  
por los tejados y azoteas, por todas partes,  
para quemar la clorofila de las mujeres rubias,  
para gemir al pie de las camas ante el insomnio de los lavabos  
y estrellarse en una aurora de tabaco y bajo amarillo.

Hay que huir,  
huir por las esquinas y encerrarse en los últimos pisos,  
porque el tuétano del bosque penetrará por las rendijas

para dejar en vuestra carne una leve huella de eclipse  
y una falsa tristeza de guante desteñido y rosa química.

\*

Es por el silencio sapientísimo  
cuando los camareros y los cocineros y los que limpian con la lengua  
las heridas de los millonarios  
buscan al rey por las calles o en los ángulos del salitre.

Un viento sur de madera, oblicuo en el negro fango,  
escupe a las barcas rotas y se clava puntillas en los hombros;  
un viento sur que lleva  
colmillos, girasoles, alfabetos  
y una pila de Volta con avispas ahogadas.

El olvido estaba expresado por tres gotas de tinta sobre el monóculo,  
el amor por un solo rostro invisible a flor de piedra.  
Médulas y corolas componían sobre las nubes  
un desierto de tallos sin una sola rosa.

\*

A la izquierda, a la derecha, por el sur y por el norte,  
se levanta el muro impasible  
para el topo, la aguja del agua.  
No busquéis, negros, su grieta  
para hallar la máscara infinita.  
Buscad el gran sol del centro  
hechos una piña zumbadora.

El sol que se desliza por los bosques  
seguro de no encontrar una ninfa,  
el sol que destruye números y no ha cruzado nunca un sueño,  
el tatuado sol que baja por el río  
y muge seguido de caimanes.

Negros, Negros, Negros, Negros.

Jamás sierpe, ni cebra, ni mula  
palidecieron al morir.  
El leñador no sabe cuándo expiran  
los clamorosos árboles que corta.  
Aguardad bajo la sombra vegetal de vuestro rey  
a que cicutas y cardos y ortigas turben postreras azoteas.  
Entonces, negros, entonces, entonces,  
podréis besar con frenesí las ruedas de las bicicletas,  
poner parejas de microscopios en las cuevas de las ardillas  
y danzar al fin, sin duda, mientras las flores erizadas  
asesinan a nuestro Moisés casi en los juncos del cielo.

¡Ay, Harlem, disfrazada!  
¡Ay, Harlem, amenazada por un gentío de trajes sin cabeza!  
Me llega tu rumor,  
me llega tu rumor atravesando troncos y ascensores,  
a través de láminas grises  
donde flotan tus automóviles cubiertos de dientes,  
a través de los caballos muertos y los crímenes diminutos,  
a través de tu gran rey desesperado  
cuyas barbas llegan al mar

#### MUERTE

¡Qué esfuerzo!  
¡Qué esfuerzo del caballo por ser perro!  
¡Qué esfuerzo del perro por ser golondrina!  
¡Qué esfuerzo de la golondrina por ser abeja!  
¡Qué esfuerzo de la abeja por ser caballo!  
Y el caballo,  
¡qué flecha aguda exprime de la rosa!,  
¡qué rosa gris levanta de su belfo!  
Y la rosa,  
¡qué rebaño de luces y alaridos  
ata en el vivo azúcar de su tronco!  
Y el azúcar,  
¡qué puñalitos sueña en su vigilia!  
Y los puñales diminutos,  
¡qué luna sin establos, qué desnudos,  
piel eterna y rubor, andan buscando!  
Y yo, por los aleros,

¡qué serafín de llamas busco y soy!  
Pero el arco de yeso,  
¡qué grande, qué invisible, qué diminuto!,  
sin esfuerzo!

#### ALMA AUSENTE

No te conoce el toro ni la higuera,  
ni caballos ni hormigas de tu casa.  
No te conoce tu recuerdo mudo  
porque te has muerto para siempre.

No te conoce el lomo de la piedra,  
ni el raso negro donde te destrozas.  
No te conoce tu recuerdo mudo  
porque te has muerto para siempre.

El otoño vendrá con caracolas,  
uva de niebla y montes agrupados,  
pero nadie querrá mirar tus ojos  
porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre,  
como todos los muertos de la Tierra,  
como todos los muertos que se olvidan  
en un montón de perros apagados.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.  
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.  
La madurez insigne de tu conocimiento.  
Tu apatencia de muerte y el gusto de su boca.

La tristeza que tuvo tu valiente alegría.  
Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,  
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.  
Yo canto su elegancia con palabras que gimen  
y recuerdo una brisa triste por los olivos.

LA COGIDA Y LA MUERTE

A las cinco de la tarde.  
Eran las cinco en punto de la tarde.  
Un niño trajo la blanca sábana  
*a las cinco de la tarde.*  
Una espuerta de cal ya prevenida  
*a las cinco de la tarde.*  
Lo demás era muerte y sólo muerte  
*a las cinco de la tarde.*

El viento se llevó los algodones  
*a las cinco de la tarde.*  
Y el óxido sembró cristal y níquel  
*a las cinco de la tarde.*  
Ya luchan la paloma y el leopardo  
*a las cinco de la tarde.*  
Y un muslo con un asta desolada  
*a las cinco de la tarde.*  
Comenzaron los sonos de bordón  
*a las cinco de la tarde.*  
Las campanas de arsénico y el humo  
*a las cinco de la tarde.*  
En las esquinas grupos de silencio  
*a las cinco de la tarde.*  
¡Y el toro solo corazón arriba!  
*a las cinco de la tarde.*  
Cuando el sudor de nieve fué llegando  
*a las cinco de la tarde*  
cuando la plaza se cubrió de yodo  
*a las cinco de la tarde,*  
la muerte puso huevos en la herida  
*a las cinco de la tarde.*  
*A las cinco de la tarde.*  
*A las cinco en Punto de la tarde.*

Un ataúd con ruedas es la cama  
*a las cinco de la tarde.*  
Huesos y flautas suenan en su oído  
*a las cinco de la tarde.*  
El toro ya mugía por su frente

*a las cinco de la tarde.*  
El cuarto se irisaba de agonía  
*a las cinco de la tarde.*  
A lo lejos ya viene la gangrena  
*a las cinco de la tarde.*  
Trompa de lirio por las verdes ingles  
*a las cinco de la tarde.*  
Las heridas quemaban como soles  
*a las cinco de la tarde,*  
y el gentío rompía las ventanas  
*a las cinco de la tarde.*  
A las cinco de la tarde.  
¡Ay, qué terribles cinco de la tarde!  
¡Eran las cinco en todos los relojes!  
¡Eran las cinco en sombra de la tarde

LA SANGRE DERRAMADA

¡Que no quiero verla!

Dile a la luna que venga,  
que no quiero ver la sangre  
de Ignacio sobre la arena.

¡Que no quiero verla!

La luna de par en par.  
Caballo de nubes quietas,  
y la plaza gris del sueño  
con sauces en las barreras.

¡Que no quiero verla!

Que mi recuerdo se quema.  
¡Avisad a los jazmines  
con su blancura pequeña!

¡Que no quiero verla!  
La vaca del viejo mundo  
pasaba su triste lengua

sobre un hocico de sangres  
derramadas en la arena,  
y los toros de Guisando,  
casi muerte y casi piedra,  
mugieron como dos siglos  
hartos de pisar la tierra.  
No.

¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio  
con toda su muerte a cuestras.  
Buscaba el amanecer,  
y el amanecer no era.  
Busca su perfil seguro,  
y el sueño lo desorienta.  
Buscaba su hermoso cuerpo  
y encontró su sangre abierta.  
¡No me digáis que la vea!  
No quiero sentir el chorro  
cada vez con menos fuerza;  
ese chorro que ilumina  
los tendidos y se vuelca  
sobre la pana y el cuero  
de muchedumbre sedienta.

¡Quién me grita que me asome!  
¡No me digáis que la vea!

No se cerraron sus ojos  
cuando vió los cuernos cerca,  
pero las madres terribles  
levantaron la cabeza.  
Y a través de las ganaderías,  
hubo un aire de voces secretas  
que gritaban a toros celestes  
mayorales de pálida niebla.  
No hubo príncipe en Sevilla  
que comparásele pueda,  
ni espada como su espada  
ni corazón tan de veras.

Como un río de leones  
su maravillosa fuerza,  
y como un torso de mármol  
su dibujada prudencia.  
Aire de Roma andaluza  
le doraba la cabeza  
donde su risa era un nardo  
de sal y de inteligencia.  
¡Qué gran torero en la plaza!  
¡Qué buen serrano en la sierra!  
¡Qué blando con las espigas!  
¡Qué duro con las espuelas!  
¡Qué tierno con el rocío!  
¡Qué deslumbrante en la feria!  
¡Qué tremendo con las últimas  
banderillas de tiniebla!

Pero ya duerme sin fin.  
Ya los musgos y la hierba  
abren con dedos seguros  
la flor de su calavera.  
Y su sangre ya viene cantando:  
cantando por marismas y praderas,  
resbalando por cuernos ateridos,  
vacilando sin alma por la niebla,  
tropezando con miles de pezuñas  
como una larga, oscura, triste lengua,  
para formar un charco de agonía  
junto al Guadalquivir de las estrellas.  
¡Oh blanco muro de España!  
¡Oh negro toro de pena!  
¡Oh sangre dura de Ignacio!  
¡Oh ruiseñor de sus venas!  
No.

¡Que no quiero verla!  
Que no hay cáliz que la contenga,  
que no hay golondrinas que se la beban,  
no hay escarcha de luz que la enfríe,  
no hay canto ni diluvio de azucenas,  
no hay cristal que la cubra de plata.

No.  
¡¡Yo no quiero verla!!

#### GACELA DEL NIÑO MUERTO

Todas las tardes en Granada,  
todas las tardes se muere un niño.  
Todas las tardes el agua se sienta  
a conversar con sus amigos.

Los muertos llevan alas de musgo.  
El viento nublado y el viento limpio  
son dos faisanes que vuelan por las torres  
y el día es un muchacho herido.

No quedaba en el aire ni una brizna de alondra  
cuando yo te encontré por las grutas del vino.  
No quedaba en la tierra ni una miga de nube  
cuando te ahogabas por el río.

Un gigante de agua cayó sobre los montes  
y el valle fué rodando con perros y con lirios.  
Tu cuerpo, con la sombra violeta de mis manos,  
era, muerto en la orilla, un arcángel de frío.

#### CASIDA DEL HERIDO POR EL AGUA

Quiero bajar al pozo  
quiero subir los muros de Granada  
para mirar el corazón pasado  
por el punzón oscuro de las aguas.

El niño herido gemía  
con una corona de escarcha.  
Estanques, aljibes y fuentes  
levantaban al aire sus espadas.  
¡Ay qué furia de amor! ¡qué hiriente filo!  
¡qué nocturno rumor! ¡qué muerte blanca!,  
¡qué desiertos de luz iban hundiendo  
los arenales de la madrugada!  
El niño estaba solo  
con la ciudad dormida en la garganta.  
Un surtidor que viene de los sueños  
lo defiende del hambre de las algas.  
El niño y su agonía, frente a frente  
eran dos verdes lluvias enlazadas.  
El niño se tendía por la tierra  
y su agonía se curvaba.

Quiero bajar al pozo  
quiero morir mi muerte a bocanadas  
quiero llenar mi corazón de musgo  
para ver al herido por el agua

### Otros poetas. Otros poemas.

JORGE GUILLÉN, CIMA DE LA DELICIA

¡Cima de la delicia!  
Todo en el aire es pájaro.  
Se cierne lo inmediato  
Resuelto en lejanía.  
¡Hueste de esbeltas fuerzas!  
¡Qué alacridad de mozo  
En el espacio airoso,  
Henchido de presencia!  
El mundo tiene cándida  
Profundidad de espejo.  
Las más claras distancias  
Sueñan lo verdadero.  
¡Dulzura de los años  
Irreparables! ¡Bodas  
Tardías con la historia  
Que desamé a diario!  
Más, todavía más.  
Hacia el sol, en volandas  
La plenitud se escapa.  
¡Ya sólo sé cantar

GERARDO DIEGO, EL CIPRÉS DE SILOS

Enhiesto surtidor de sombra y sueño  
que acongojas el cielo con tu lanza.  
Chorro que a las estrellas casi alcanza  
devanado a sí mismo en loco empeño.

Mástil de soledad, prodigio isleño,  
flecha de fe, saeta de esperanza.  
Hoy llegó a ti, riberas del Arlanza,  
peregrina al azar, mi alma sin dueño.

Cuando te vi señero, dulce, firme,  
qué ansiedades sentí de diluirme  
y ascender como tú, vuelto en cristales,

como tú, negra torre de arduos fillos,  
ejemplo de delirios verticales,  
mudo ciprés en el fervor de Silos.